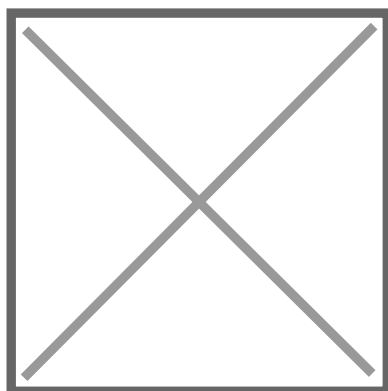




SANTIAGO

4 — EL MERCURIO — Domingo 28 de Noviembre de 1971

Obras y Autores

Julio Barrenechea: "Estados de Animo"

Por HERNAN DEL SOLAR

Los que, poseídos por la curiosidad, tratan de conocer, anecdóticamente, las caminatas de un escritor, tienen en Julio Barrenechea a uno que cuenta los suyos con modesta jovialidad. "Yo en el octavo año, pero año con los pantalones cortos, dice Samuel Lillo me puso de actualidad ante mis compañeros, mostrándome como un poeta, porque le había rimado una composición con una moraleja, en verso. Yo, humildemente, protesté que no era poeta. Don Samuel morió en silencio, esclamando que yo me avergonzaba de ser poeta, como si ello fuera una lástima. Yo me debía resignar, y bajando los brazos tuve que decir: "Bueno, soy poeta".

Quiso el destino que don Samuel no se equivocara: Barrenechea es poeta y, cosa curiosa, en 1919 fue nombrado miembro de la Academia Chilena y su discurso de incorporación versó sobre la vida y la obra de su antecesor, don Samuel Lillo. Al año siguiente se le otorgó el Premio Nacional de Literatura. Entraba en la cincuentena y ya había publicado obras que le situaban entre los más importantes poetas de nuestro país: "El mal de las murmuraciones", "Espejo del sueño", "Rancho del mundo", "Mi ciudad", "El libro del amor", "Diario mudo". Otros han venido en seguida, de un lirismo igualmente valioso, y algunos en prosa: "Israel: un árbol por cada muerte", de gran belleza y justicia; y el autobiográfico "Frutos de paz", donde el ingenio pone ante personas y cosas, grandes o pequeñas, una solitaria comprensión, a menudo burlona.

Hoy nos viene de lejos — Colección La Muralla, de Madrid — su último libro: "Estados de Animo". Nos parece la obra más aislada de nuestra literatura. El poeta se interna en el dolor, lejana en el la mar de la vida, y en su lenta búsqueda a través de días y noches de soledad no halla sino la desesperanza del vacío. Muy distantes estamos de esa alegría de los comienzos, cuando Barrenechea sentía profundo amor de la naturaleza y había tan cordialmente con toda que la expresión resultaba un poco fea. Recordemos, entre múltiples ejemplos, su "Fertilia con las estrellas": "Adelante, Adelante / Pasen ascuas, soberbias estrellas / Si se han de estar toda la noche asomadas a una ventana / ¿por qué piden adentro si algo les interesa? / Poeta no más, sin miedo / que si a quien me pregunta qué es lo que hay en mi cuerpo / yo le diré que son luciérnagas / Perdon que las recibí en esta falta de soledad gastada / Es mi traje de casa".

Primero en las cosas, de la vida innumerable, de la amistad, de las bellas mujeres, de todo lo que existe, se prunto otra hacia la muerte y la ama también: "No pensar en la muerte / es no amar a la vida" — escribe en un hermoso poema. Y, anudándole todo, en su poesía, quien respeta este amor con claridad y sencillez, con ternura y ternura, las mejores palabras las guarda las buenas analogías para disfrute de la memoria.

La sencillez y la claridad no se han perdido. Presiden estos "Estados de Animo". Pero se trata ahora de una claridad y una sencillez que no provienen de una fuerte posesión de las cosas, de una claridad, de algunos deseos, de extensas esperanzas. Están brotando de la desgracia del alma, de una perenne angustia, de una conciencia de la inutilidad de todo, de la imposibilidad de dar una respuesta valerosa a una pregunta tan simple como la de por qué se vive. El tono de los poemas es el de los místicos que, despojados de toda pasión, tratan en sí mismos y, si no se

rebelan contra la vida, la desdichan. La rebeldía es un acto apasionado. El desdicho es una sumisión pasiva, una aceptación silenciosa del destino, una desestimación del mundo, porque en él todos pasan y cuanto más lleva en sí su irreconciliable muerte.

Desde el poema inicial — en realidad, el libro es un solo poema, los "estados de animo" son uno solo, una única angustia — el poeta abandona el mundo exterior, se abisma en el interior, donde están reflejadas todas las cosas de fuera, representadas los días y los años pasados, y en completa soledad se encuentra frente al fantasma de su ser. Es el amor de su vida. Es el tirano que destruye.

More ocellas desprendidas, saca de la memoria
rincónes de tierra, patios vacíos, casas
que existieron a un momento reales materias,
venden rostros jóvenes de un pasado profundo,
saben como del fondo de aguas espesas, llegan
ciudades donde nunca estuve y me sorprende
perdido, deplorable, desconocido, solo.

Serán y realidad, lo que fue, lo que pudo haber sido, lo que se desea, se teme, se debe ver como una posibilidad, o al menos conseguir ser amigable con alguna intencionalidad. Todo lo verdaderamente físico y todo lo virtual, se entrecruza en lo íntimo del poeta y crea un mundo propio, que nace y muere al soplo del instante.

En un paisaje arrasado por la desgracia, los indígenes que surgen para representarlo viven en la tridimensionalidad de un espejo. Aparecen, se miran, y miran. Entonces se huye de ellas. Se tiende hacia lo inesperado, hacia lo venidero, que puede tal vez constituir un refugio. Pero en este anhelo se pierden fuerzas y el verso traduce en voz baja y desesperada esta flaqueza del ánimo, este duro temblor del espíritu. Volviendo los ojos al pasado, con solo mirar el que y quedarse quieto, se van presentando imágenes que constituyeron una vida hondamente sentido, pero esto no ampara, no sirve de nada, es una fuga sin sentido. Entonces se puede buscar en el presente el significado protector de ciertas cosas. Mirar el día pacientemente — dice el poeta —, "aceptar su regla, y sentido a su orilla; mirar pasar su río de horas". No hay consuelo para la desdicha del encerrado en su soledad.

¡Oh, cuánto dolor perdido, cuánto bien maltratado!
¡Cuánta ingrata desolación por este esfuerzo
de escrutar el futuro inescrutable!

Pero el antiguo amante de la naturaleza siente todavía su dédala amparadora. Repentinamente, al contemplar un jardín, capta el vigor diurno de la vida. Todo regresa: las ramas se llenan de hojas, brotan flores y frutos. "Los árboles hacen nuevamente sus vestidos nupciales", advierte el contemplativo y dentro de sí ve — ese hombre que fue, ese hombre que todo lo amó y cantó. De inmediato, la conciencia de lo fugaz vuelve a desahucio. Y se dice a sí mismo: "Es inútil, hermano, vamos llegando a viejos".

Desconsolada sabiduría la de este poeta que se ha vuelto estivo y poco sordina a su canto.

Julio Barrenechea, "Estados de ánimo" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Julio Barrenechea, "Estados de ánimo" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile